

truosidad. Es decir, las estrategias de la Antropofagia, atravesadas por el problema colonial.

Jáuregui se refiere por ejemplo al planteamiento de Césaire en contra del asimilacionismo en su obra de reinterpretación de “La Tempestad” donde Calibán aparece como un negro rebelde “a lo Fanon y Malcolm X” y Ariel como un mulato democrático “a lo Martin Luther King”. O la oposición del arielismo colaborador vs. el calibanismo antimperalista como metáfora de la tensión entre la alternativa democrática y la teoría de la dependencia. No obstante, tan-

to el arielismo como el canibalismo son sometidos a la crítica feminista por su concepción androcéntrica como talón de Aquiles de sus ambiciones de decolonialidad.

El autor cierra esta introducción con la referencia a la relación entre consumo y antropofagia cultural que desplaza las metáforas modernas, supera las prácticas políticas excluyentes de la esfera pública burguesa y configura identidades más allá de las diseñadas por el colonialismo. Propuesta que ha sido desarrollada por Barbero y Canclini. ■

El despliegue infinito de la memoria, de José Kozer



José Kozer, escritor cubano radicado en Estados Unidos, ha publicado más de 50 libros, la mayoría de ellos de poesía.

Luis Carlos Ayarza
Docente universitario

“Los únicos bienes del hombre son los recuerdos florecidos de la imaginación”
Nicolás Gómez Dávila

Cuando se observa a la lente de un microscopio un cristal de nieve, el tejido de la piel o la corteza de una planta, se puede ver cómo siempre existe una paradoja, una contradicción: lo sinuoso puede estar minúsculamente compuesto de ángulos rectos, y lo sólido de sinuosidades. Hay una materia, (hasta donde sabemos divisible casi infinitamente) que a la vez compone el mundo de los más grandes. Constituye las superficies y los seres.

Lo individual siempre es la unión de poblaciones. Colonias ensambladas para crear un efecto o lograr un fin (líneas de hormigas que devienen en el ensamblaje de la línea continua, como un gran animal) todos hechos de flujos y geometrías acopladas. También el lenguaje y por supuesto la memoria.

El libro de José Kozer *Figurado y Literal* es —de alguna forma— una lente que se asoma a lo más grande y lo minúsculo, a lo intangible

y lo más sólido, pero al asomarse: materializa lo intangible y pone en movimiento lo sólido. Se derrama como flujos en direcciones simultáneas, siendo, sobre todo un líquido que mana a través del lenguaje del poeta, que orada las superficies incluida sobre todo la del pasado, desde esta última es que se produce –eso parece– la creación constante.

“Recuerdas Silvia, cuando papá llegaba de los almacenes de la calle Muralla y todas las mujeres de la casa Uds. Se alborotaban” (21).

Hay una repetición y una diferencia: Auto-retrato, Autoretrato, Autoretrato, Última Thule Última Thule, Última Thule... cada uno un poema. Los títulos repetidos se manifiestan como las caras de un cristal de muchos ángulos. Cada una despliega una mirada diferente que reacciona con cada tipo de luz y de memoria. Son los poemas como variaciones de la misma nota, como geometrías se proliferan, extendiéndose y volviéndose concéntricas. Pero a la vez ya ensambladas son un solo chorro, un gran fluir.

El uso de las analogías se hace en este caso inevitable. Su lectura hace pensar en Escher pero también en Brueghel o Van Gogh. El mundo exterior ensamblado, o extraído de sí y el interior iluminado con la memoria que aquí surge como si tratara de naturalezas muertas. Valdría en todo caso mejor usar el termino en inglés “still life” que traduce: vida suspendida. Más cercano y más justo en este caso a los poemas, pues al leerlos se pone en movimiento todo el flujo del pasado. La orina fermentada de la abuela o el padre vuelto misterio tras la volutas de humo de un cigarro. La palabra escrita da vida o revela lo que ya tiene el movimiento implícito. Desde los organismos y bichos que recorren y aletean los poemas, hasta el fluir y el vuelo de la aguja del sastre.

La última esponja natural del mundo y por donde en su momento (natural) entraron y salieron peces (quizás también celentéreos) (equinodermos) ya tan agujereada (que) pronto no (cabe) otro agujero (Kozler 71).

El libro entero está tejido, surcido con la habilidad de un sastre, de los de antes, de los que trazaban el mapa sobre el paño con una tiza y tenían el cuerpo encorvado para acomodarse a la mesa de corte. Kozler lanza hacia el presente el peso mítico de su tradición, rusa, judía, cubana... pero también la más íntima, la que se adquiere observando a los mayores a quienes nos preceden, y que se transforma fragmentada en gestos y miradas.

*La mano (todos) a la cabeza (en) la coronilla
la forma redonda
de los solideos, bendición, (la tela): El sastre
deshilvana
los hilos que bajo Dios forjaran los solideos; y
y queda en pie la coronada carne del cuero
cabelludo (29).*

El uso de los paréntesis contribuye a esa gradación del tiempo. En cada pausa entre paréntesis, cada irrupción de estos produce una especie de agujeros de gusano que no sólo detienen, y aclaran, sino que profundizan y abren fisuras de sentido en los poemas. Los paréntesis proliferan en todo los textos. La lectura entonces ya los espera:

*el sastre creó (cúpulas) de la lisa comba
(son) el anca de los caballos (29).*

Dice Nicolás Gómez Dávila en unos de sus escolios “La frase debe tener la dureza de la piedra y el temblor de la rama”. La poesía de José Kozler tiene estas dos virtudes, de allí lo literal y lo figurado, lo grande y lo pequeño, lo sólido y lo líquido. Su escritura entra en el pensamiento del lector como una tromba, –palabra que el poeta usa a menudo– y tiene la grandeza y la belleza de un “un cachalote dormido en altamar”. Su escritura hace pensar en ese sueño inmenso que seguramente tiene el formidable mamífero en su cama de océano, mientras Aldebarán titila diminuta en el cielo. ■